

RECENSIONES Y CRÓNICA CIENTÍFICA

J.J. IBÁÑEZ ESTÉVEZ y J.E. GONZÁLEZ URQUIJO: *From Tool Use to Site Function. Use-wear analysis in some Final Upper Palaeolithic sites in the Basque country*. BAR International Series 658, Oxford, 1996, 201 pp. ISBN: 0 86054 8473

Este libro es el resultado más sintético de la investigación desarrollada en la última década por estos dos autores. Su objeto han sido los procesos técnicos de fabricación y, especialmente, de uso, del utillaje lítico de algunos yacimientos del final del Paleolítico superior y Epipaleolítico del País Vasco, a partir del análisis funcional (estudio de las huellas de uso y experimentación). Esta última aportación está más orientada a responder las preguntas de los prehistoriadores «convencionales», interesados en la reconstrucción histórica, que de los especialistas en Traceología, disciplina que es más directamente atendida en algunos trabajos anteriores.

La investigación está organizada en tres niveles sucesivos: las funciones desarrolladas por los útiles (a las que se dedican los capítulos 3 y 4), la reconstrucción de los procesos de trabajo de algunas materias y el entronque en ellos de los utensilios analizados (capítulo 5), y finalmente, un acercamiento a la definición de las estrategias de subsistencia y al papel jugado por los yacimientos (capítulo 6). El interés de estos objetivos es grande y, sin duda, creciente, pero también son cada vez mayores las dificultades y limitaciones a las que deberá enfrentarse el trabajo conforme vaya avanzando.

En el primer capítulo, «Metodología del análisis funcional», se discuten las variables tenidas en cuenta en los experimentos y que se pretenden reconocer en los útiles (actividad realizada, materia trabajada, tiempo de uso –o número de lanzamientos– y forma de sujeción del útil...). A su vez, los rastros producidos se organizan en atributos y categorías concretos, definidos y cuantificados en la medida de lo posible (desconchados, pulido, estrías y huellas lineales, grado de redondeamiento, relación topográfica entre las huellas...). Es de especial interés el esfuerzo dedicado a avanzar en la expresión cuantitativa de los criterios de interpretación funcional de las evidencias visualizadas, y en la ordenación y definición misma de esos criterios. Son aspectos clave que probablemente merecen una discusión específica desde el campo estricto de la Traceología y que aquí no vamos a abordar.

En el segundo capítulo se ofrecen los resultados globales del análisis en los distintos yacimientos y niveles: capas magdaleniense y aziliense de la cueva de Santa Catalina, en la costa actual vizcaina, y yacimiento al aire libre de Berniollo, en Alava. Para cada uno de ellos se ofrecen los resultados referidos a las actividades detectadas (caza, carnicería, trabajo de la piel fresca, seca o indiferenciada, madera, asta, hueso etc) y al tipo de trabajo efectuado, surgiendo importantes diferencias entre los tres conjuntos. Su interpretación debe esperar sin embargo al esclarecimiento previo de otras cuestiones.

A partir de aquí la investigación se centra en el primero de los tres grandes objetivos, el reconocimiento de la forma de uso del utillaje lítico, que es sin duda donde se consiguen resultados más sólidos y esclarecedores. Para cada grupo tipológico, y a partir de una muestra suficientemente amplia, se analiza la materia o materias trabajadas, el tipo de trabajo, el número de zonas activas, la intensidad, la existencia de enman-gue, etc.

El siguiente capítulo («Características generales de la utilización de las herramientas líticas») es aún más interesante. Se encaran en él cuestiones más generales sobre el uso del utillaje: los procesos de reutilización y reciclado, el distinto grado de polarización funcional (raspadores, buriles, puntas y laminas de dorso frente a raederas y piezas de retoques continuos), o de asociación al trabajo de determinadas materias, tendencias de correlación entre el ángulo del filo y la actividad (los ángulos agudos se asocian al trabajo longitudinal y

preferentemente sobre materias blandas...) etc. A pesar de cierta tendencia a que algunos tipos de útiles y de zonas activas se destinen a trabajos concretos, los autores insisten en que no existe correlación estricta entre forma y función, como ya se ha comprobado en bastantes estudios funcionales (y en el registro etnográfico). Un mismo trabajo puede ser llevado a cabo con herramientas de morfología diversa, y en ocasiones, de distinta materia prima. Se abordan también en este capítulo cuestiones tan interesantes como el aprovechamiento diferencial de las materias primas, con resultados especialmente clarificadores en Berniollo, el empleo diferencial del utillaje según el soporte técnico –se usan mucho más las láminas que las lascas no retocadas, y más las fracturadas que las completas–, el tipo de trabajo dominante en zonas laterales o transversales, o finalmente, el sentido y finalidades del retoque del utillaje.

El capítulo 5 se centra en la reconstrucción de los procesos técnicos, entendiéndolo por tal el conjunto de acciones encaminadas a la elaboración de un objeto o a la preparación de una materia para el consumo. Los autores tratan de integrar los resultados de su análisis, es decir, las actividades reconocidas en los útiles líticos, dentro de los procesos técnicos de transformación de cada materia, desde la fase de captación, pasando por la de transformación (a su vez con desbastado, conformación inicial, acabado, reparación y mantenimiento) y finalmente uso o consumo de cada material. Para ello, integran los resultados de la experimentación y deducciones basadas en la evidencia arqueológica con el conocimiento de cazadores-recolectores modernos (controlados aquí de forma muy pormenorizada, inusual en la investigación cantábrica). Se abordan así los procesos técnicos de la piel, hueso y asta, madera u otros materiales no leñosos y carne.

Es especialmente satisfactoria la reconstrucción del trabajo de la piel, desde el desollado al corte y cosido. Adquiere aquí gran importancia la distinción entre el utillaje lítico que trabajó sobre piel fresca (descarnado, depilación...), o sobre piel seca en fases más avanzadas del proceso. Los resultados obtenidos en los niveles de Santa Catalina y en Berniollo, suficientemente contrastados, serán así indicativos de las fases de las cadenas técnicas desarrolladas predominantemente en cada uno de los sitios, y secundariamente, del papel jugado por cada sitio dentro del sistema de aprovechamiento.

El proceso de trabajo del hueso y asta tiene en principio la ventaja de que puede contarse también con los restos recuperados arqueológicamente de esas materias, aunque en este caso se dispone sólo de 28 utensilios de Santa Catalina y aún no se han estudiado los restos técnicos. También aquí el análisis funcional ofrece importantes aportaciones, aunque este proceso técnico sea ya relativamente conocido en la región desde los trabajos iniciales de Hernández Pacheco a los de I. Barandiaran y J. Mugika. El epígrafe finaliza con lo referido al trabajo de la madera, carne y vegetales no leñosos (fines alimenticios, combustible, vestido, cordeles, contenedores, material de construcción...).

El capítulo, que es especialmente instructivo en lo referido al trabajo de la piel, ofrece un alto interés en todo su desarrollo. Con todo, una más amplia integración de resultados desde otras perspectivas (prácticamente limitadas aquí al registro etnográfico) habría permitido contrastar y enriquecer el aporte del análisis de huellas sobre material lítico, en esa reconstrucción de los procesos técnicos. Pero no hay aun datos sobre restos tecnológicos de hueso y de asta, huellas de descarnado y preparación, análisis de las partes del animal aportadas etc., pues en Santa Catalina y en Berniollo apenas se conservó materia orgánica.

Finalmente, el capítulo 6 aborda el último de los objetivos: un acercamiento a la funcionalidad de los sitios a partir de lo averiguado sobre el empleo del instrumental lítico y la caracterización de los trabajos llevados a cabo. Para ello se acude de nuevo a la información etnográfica sobre formas de organización de cazadores recolectores, dando un importante papel al esquema de Binford. Este autor tendió a considerar dos modelos de organización (*collector* frente a *forager*), situando en el primero los sistemas más planificados y con importante desarrollo de la movilidad logística, frente a los sistemas más generalizados, con sitios más similares entre sí y un mayor componente de la movilidad residencial del segundo. Estos modelos casi antagónicos se transforman aquí en dos polos entre los que situar lo apreciado funcionalmente en cada conjunto arqueológico, insistiéndose, por ejemplo entre los *collector*, en la diversidad funcional de asentamientos y en las actividades jerarquizadas y segmentadas según los sitios, y por tanto en las rupturas en los procesos técnicos de cada materia documentables arqueológicamente.

Los resultados obtenidos en los distintos conjuntos se enfrentan sin embargo a algunos problemas de interpretación. El más importante es la distinta entidad de las unidades estratigráficas de análisis. Es decir, la posibilidad de estar comparando conjuntos resultantes de ocupaciones puntuales (acaso Berniollo, y quizá el nivel «Aziliense» de Santa Catalina) con conjuntos procedentes del solapamiento de múltiples ocupaciones, más o menos contrastadas funcionalmente entre sí (lo que es posible que suceda en el nivel «Magdalenense» de Santa Catalina). Muy conscientes de estas y otras limitaciones, los autores plantean finalmente una hipótesis supeditada a que realmente se trate de unidades comparables y a que, por tanto, el nivel magdalenense de Santa Catalina refleje unos comportamientos homogéneos y continuados. En sus términos más concisos,

se propone una ocupación generalizada en ese nivel magdalenense frente a otras más planificadas y de actividad más segmentada en las unidades epipaleolíticas, correspondientes a fases iniciales de captación y primera transformación en Santa Catalina, y a momentos más avanzados en Berniollo.

Realmente los autores demuestran que debe contarse con el análisis funcional a la hora de definir el papel jugado por los yacimientos y las estrategias de aprovechamiento económico, y abren una importante vía de aproximación a estos problemas, acaso los más apasionantes en el estudio de los cazadores-recolectores. Pero es fundamental –y quizá imprescindible– el análisis integrado con otros tipos de información, precisamente para calibrar la incidencia de muchas de las limitaciones del análisis funcional (entre otras, la conservación diferencial de las huellas según sitios, materias primas y trabajos efectuados), o del mismo registro arqueológico. Sobre todo parecen convenientes los análisis de diversidad de recursos y procedencia, grado de polarización cinegética, partes llevadas al yacimiento, estacionalidad, huellas de procesamiento en materiales óseos etc.

No estamos ante un libro más sobre prehistoria cantábrica, o sobre huellas de uso en instrumental lítico. Es un trabajo concienzudo, inteligente y ambicioso, que se fundamenta en unos resultados concretos (y verificables) del análisis funcional en varios yacimientos –lo que ya de por sí es tan inusual como positivo– y mantiene un alto interés a lo largo de todo su desarrollo por lo instructivo de sus contenidos y por la discusión permanente en la que se involucra al lector, especialmente en los capítulos más avanzados. Abre así en la investigación de los cazadores-recolectores de la región una forma de interrogar el registro arqueológico más amplia y compleja, y al tiempo, más capaz de acercarnos a lo que fue realmente la vida de aquellos grupos humanos.

CÉSAR GONZÁLEZ SAINZ. Universidad de Cantabria. 39005 Santander

N. MOLONEY, L. RAPOSO & M. SANTONJA (eds.): *Non-Flint Stone Tools and the Palaeolithic Occupation of the Iberian Peninsula*. BAR International Series 649. The Basingstok Press, Oxford, 1996, 191 pp. ISBN: 0 86054 836 8.

Con algunos años de retraso respecto a la fecha prevista aparece por fin este volumen cuyo objetivo fundamental, según declara en el prefacio uno de sus editores (N.M.), es informar al ámbito anglosajón de que existen otros muchos yacimientos en el Paleolítico peninsular aparte de Altamira, Ambrona y Atapuerca, que son los más divulgados a nivel internacional. Subsidiariamente se pretende también demostrar que son numerosos los proyectos de investigación que están en marcha sobre este período en España y Portugal y que muchos de ellos tienen un nivel, tanto de planteamientos como de ejecución, al menos similar al de sus homólogos de otros países. Estos objetivos, que a primera vista pueden parecer sorprendentes, resultan desde luego justificados cuando se observa la profunda ignorancia que tienen muchos autores anglosajones de la evidencia paleolítica peninsular –en marcado contraste con sus colegas continentales, generalmente mucho mejor informados– y patente sobre todo en algunas síntesis aparecidas en los últimos años. Ante la vastedad del tema elegido en este volumen, los editores han optado por centrar las aportaciones en la evaluación de un tópico muy manejado en la bibliografía de los últimos años: el determinismo de la materia prima en el aspecto de los conjuntos líticos, especialmente cuando esta materia prima es de peor calidad que el sílex.

El resultado es una recopilación de 22 artículos (15 sobre España y 7 sobre Portugal) en los que se recogen investigaciones que cubren todas las regiones peninsulares. Su reparto cronológico es, sin embargo, muy desequilibrado: 12 tratan sobre conjuntos atribuidos al Paleolítico Inferior o al Inferior y el Medio indiferenciados, mientras que sólo 1 trata sobre Paleolítico Medio, 5 sobre Paleolítico Superior, 1 sobre Mesolítico, 1 sobre una secuencia que cubre todo el período (Castillo) y 2 sobre aspectos puramente técnicos.

Un conjunto tan heterogéneo de aportaciones es en principio muy difícil de resumir en pocas líneas. Por su profundidad, extensión y nivel de detalle, es de destacar la síntesis sobre el Paleolítico Inferior español que inaugura el volumen, realizada por M. Santonja en la misma línea crítica que otras similares que ha publicado en los últimos años (Santonja y Villa, 1990; Santonja, 1992; Raposo y Santonja, 1995), aunque esta vez centrada en las relaciones entre materia prima y ocupación del territorio. Su equivalente portugués, realizado por J. Meireles y J.P. Cunha-Ribeiro, resulta también interesante, sobre todo por basarse casi exclusivamente en conjuntos estudiados recientemente. En esta misma línea de análisis global puede situarse el artículo de N.

T. P., 54, n.º 2, 1997

Moloney sobre algunos conjuntos peninsulares del Pleistoceno Medio realizados en cuarcita, en los que la materia prima (naturaleza de la roca tallada, tamaño de los nódulos) condiciona algunos rasgos tanto de las cadenas tecnológicas (talla centrípeta, presencia de córtex...) como de la tipología de sus productos (abundancia de hendedores), pero en modo alguno sirve para explicar el aspecto global de las colecciones.

Aparte de estos trabajos de síntesis y de dos artículos de contenido metodológico, uno sobre la talla de cantos de cuarcita por parte de los pescadores gallegos (J.A. Cano & J.M. Vázquez Varela) y otro sobre una aproximación experimental al análisis de huellas de uso en instrumentos de cuarcita (J.P. Pereira), la mayor parte de las contribuciones tratan sobre análisis de materias primas a nivel regional o estudios tecnológicos más o menos detallados de localidades concretas. En el primer caso pueden englobarse las visiones de conjunto sobre el Achelense asturiano (J.A. Rodríguez Asensio), el catalán (E. Carbonell, R. Sala & A. Cabañas R. Sala, E. Carbonell & I. Boj) y el del valle del Lis (J.P. Cunha-Ribeiro), el Paleolítico Superior de Galicia y Asturias (C. Llana & R. Villar; A. Martínez & C. Llana) o el cantábrico en general (L.G. Strauss), el Mesolítico del Sur de Portugal (B.J. Vierra & J.M. Arnaud), el Paleolítico Inferior y Medio de La Rioja (P. Utrilla & C. Mazo), de Valencia (J. Fernández-Peris & V. Villaverde), de La Mancha (A. Ciudad Serrano) y el del valle del Guadalquivir (E. Vallespí & F. Díaz del Olmo). En el segundo grupo entrarían los estudios sobre la cueva del Castillo (F. Bernaldo de Quirós y V. Cabrera), Atapuerca (M. Mosquera), Milharós (L. Raposo), Caldeirão (J. Zilhão) y Cabeço de Porto Marinho (N.F. Bicho).

Resulta complejo hacer una evaluación global de todas estas aportaciones. Dejando aparte las síntesis ya comentadas, en su mayor parte se trata de trabajos que sólo pretenden analizar la evidencia de un determinado ámbito o yacimiento y cumplen dicho objetivo con eficacia. Del resto de las contribuciones que forman esta recopilación, hay que reconocer que algunas presentan elementos que van más allá de estos objetivos concretos. El artículo de Utrilla y Mazo, por ejemplo, incluye interesantes aportaciones en el campo de la tracelología, y las reflexiones sobre tecnología y tipología de L. Raposo en su estudio sobre la industria de Milharós son algunas de las más lúcidas del volumen, como era de esperar tratándose de este autor.

Desgraciadamente, también hay que reconocer que algunos son sólo notas brevísimas de trabajos en vías de realización, cuyo interés es escaso y que muchas veces utilizan terminologías no estandarizadas de difícil comprensión. Un caso especialmente preocupante en este sentido es el de los trabajos realizados según el autodenominado 'método Lógico-Analítico' (Carbonell *et alii*, 1983; 1995) –aunque de analítico tiene poco y de lógico nada–, cuya utilización pertinaz en yacimientos importantes como Atapuerca o el abrigo Romaní impide conocer con el detalle deseado la composición de sus industrias. Dicho sistema, analizado a fondo, pretende enmascarar entre un aluvión de neologismos y siglas, muchas veces incomprensibles y totalmente innecesarios al no definir ningún concepto que no exista ya en la bibliografía, una enorme pobreza conceptual al reducir a unas pocas categorías (percutores, nódulos, núcleos, lascado, productos retocados y *debris*) los elementos analizables en las cadenas operativas, justo en un momento en el que cada vez se intenta matizar más en su diferenciación. El hecho de que en más de 10 años que lleva de divulgación obsesiva no haya conseguido convencer a ningún colega de prestigio, de que su uso haya demostrado que resuelve algún problema importante de la disciplina, y de que en todos los foros internacionales en los que se ha presentado haya sido calificado de innecesario e incomprensible, debería tal vez llevar a sus creadores a replantearse modificaciones sustanciales en su composición con vistas a enriquecerlo como instrumento de análisis y a compatibilizarlo con los esquemas conceptuales que utiliza el resto de la comunidad científica.

A modo de conclusión cabe reflexionar, como lo hace N. Moloney, sobre cómo el análisis de materias primas se ha convertido en una moda en los últimos años que ha llevado a muchos investigadores a sobrevalorar su peso como determinante en la composición de los tecnocomplejos paleolíticos. Esta moda en el fondo es sólo una más de las manifestaciones del entusiasmo que desde la década pasada han despertado los análisis tecnológicos en detrimento de los tipológicos –hasta el extremo de que, hace unos años, un exaltado colega llegó a gritar en una reunión: «La Tipología ha muerto, ¡viva la Tecnología!»–, pero cuantos más trabajos se publican sobre el tema más se tiene la impresión de que dichos análisis conllevan una considerable inversión de esfuerzo y tiempo que no siempre proporcionan resultados en consonancia. Algo parecido ocurrió hace años con los análisis de huellas de uso en el material lítico: tanto en este caso como en el de la Tecnología, el resultado es que los aspectos morfológicos (la Tipología) salen reforzados en su papel de factores discriminantes más eficaces a la hora de identificar unidades culturales paleolíticas.

CARBONELL, E.; GUILBAUD, M. & MORA, R. (1983): «Utilización de la lógica analítica para el estudio de los tecnocomplejos a cantos tallados». *Cahier noir*, 1: 3-79.

CARBONELL, E.; GIRALT, S.; MÁRQUEZ, B.; MARTÍN, A.; MOSQUERA, M.; OLLE, A.; RODRÍGUEZ, X.; SALA, R.; VAQUERO, M.; VERGES, J.M. & ZARAGOZA, J. (1995): «El conjunto Lito-Técnico de la Sierra de Atapuerca en

- el marco del Pleistoceno Medio europeo». En J.M. Bermúdez, J.L. Arsuaga & E. Carbonell (eds.): *Evolución humana en Europa y los yacimientos de la sierra de Atapuerca. Actas workshop castillo de la Mota, Valladolid 1992*. Junta de Castilla-León. Valladolid: 445-533.
- RAPOSO, L. & SANTONJA, M. (1995): «The earliest occupation of Europe: the Iberian Peninsula». En W. Roebroeks & Th. Van Kolfschoten (eds.): *The earliest occupation of Europe. Proceedings of the E.S.F. workshop at Tautavel, France (1993)*. University of Leiden. Leiden: 7-25.
- SANTONJA, M. (1992): «La adaptación al medio en el Paleolítico Inferior de la Península Ibérica. Elementos para una reflexión». En A. Moure (ed.): *Elefantes, ciervos y ovicaprinos: economía y aprovechamiento del medio en la prehistoria de España y Portugal*. Universidad de Cantabria, Santander: 37-76.
- SANTONJA, M. & VILLA, P. (1990): «The Lower Paleolithic of Spain and Portugal». *Journal of World Prehistory*, 4: 45-94.

LUIS GERARDO VEGA TOSCANO. Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

ALFONSO MOURE ROMANILLO (ed.), «*El hombre fósil*» 80 años después. Volumen conmemorativo del 50 aniversario de la muerte de Hugo Obermaier. Universidad de Cantabria, Fundación Marcelino Botín e Institut for Prehistoric Investigations. Santander, 1996, 508 pp., 83 figs. ISBN 84-8102-139-3.

La figura del Prof. Hugo Obermaier, demasiado olvidada por las jóvenes generaciones de estudiosos de la Prehistoria, se pone de relieve en esta obra colectiva. Se trata de 19 estudios reunidos por el Prof. Moure Romanillo con motivo de los respectivos aniversarios de la primera edición de *El hombre fósil* (Madrid, CIPP, 1916) y de la muerte de su autor (1877-1946). La obra se abre con una presentación de Rainero I, Príncipe de Mónaco (pp. 9-10), que recuerda la obra científica de su antecesor el Príncipe Alberto 1, que acogió a Obermaier en el parisiense Institut de Paléontologie Humaine, una de sus fundaciones (1910). Le sigue una presentación general (pp. 11-15). A continuación, a modo de fichas sintéticas, daremos cuenta de los interesantes trabajos que el libro contiene.

El propio editor, Alfonso Moure Romanillo, en *Hugo Obermaier, la institucionalización de las investigaciones y la integración de los estudios de Prehistoria en la universidad española* (pp. 17-50, 9 figs.), pone de relieve la gran influencia de Obermaier en los estudios de la Prehistoria peninsular entre 1909 y 1936 y los avatares de su carrera científica (Institut de Paléontologie Humaine; Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas; catedrático de la Universidad de Madrid; Académico de la Historia; etc.). Aporta notable documentación inédita acerca de su renuncia a la cátedra de Madrid y su incorporación a la Universidad de Friburgo, en relación con los prolijos problemas suscitados por la guerra civil y las depuraciones de 1939/40.

Le siguen una serie de estudios sobre aspectos concretos de las investigaciones del ilustre sabio bávaro. Benito Madariaga de la Campa, en *Hugo Obermaier en el contexto de la Prehistoria cántabra: una valoración de Altamira* (pp. 51-77, 6 figs.), traza un panorama de la ciencia prehistórica en Cantabria desde los orígenes en el siglo XIX, destacando en la etapa siguiente la presencia de Obermaier, desde las excavaciones de la cueva del Castillo (Puente Viesgo) (1910-1914) hasta las excavaciones de Altamira (1924). M^a del Carmen Márquez Uría, en *Obermaier y el Conde de la Vega del Sella. El paradigma científico* (pp. 79-98, 5 figs.), se ocupa de la relación de amistad y colaboración entre ambos personajes, en especial en el seno de la madrileña Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. La autora utiliza documentos de la época, principalmente los papeles del Conde de la Vega del Sella, analizando también las obras en las que colaboraron. Por su parte, Carmelo Fernández Ibáñez y Ramón Fábregas Valcarce, escriben sobre *Obermaier y la Prehistoria del Noroeste de la Península Ibérica* (pp. 99-126, 1 fig.), subrayando en que forma el trabajo de Obermaier «Impresiones de un viaje prehistórico por Galicia» (*Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Orense*, VII, nos. 148-149, 1923: 3-45), resultado de un largo viaje por Galicia en 1922 y que dió lugar a un ciclo de conferencias en la Universidad de Santiago, pasó a ser un hito en la investigación prehistórica gallega (sus datos se incorporaron a la 28 edición de *El hombre fósil*, 1925). Los autores realizan un amplio análisis de aquellas obras, indicando los avances que se han realizado posteriormente.

Otro grupo de trabajos diversifican la temática. Así, Emiliano Aguirre, en *Orígenes del poblamiento de la Península Ibérica* (pp. 127-151), revisa los fósiles humanos más antiguos del espacio peninsular (Cueva Vic-

toria y Atapuerca TD.6), su cronología y contextos, en relación con los más o menos contemporáneos de otras regiones del Viejo Mundo. Evalúa, además, las hipótesis sobre parentesco, vías de penetración y tiempo. La primera ocupación tendría una antigüedad cercana al millón de años y hace medio millón de años se produjo un gran cambio (antecesores de los preneandertales europeos). El trabajo de Juan Carlos Castañón y Manuel Frochoso Sánchez, *Hugo Obermaier y el glaciario pleistoceno* (pp. 153-175, 5 figs.), recuerda que la formación de Obermaier con A. Penck y E. Bruckner le preparó para el estudio del glaciario en la Península Ibérica, en particular en Sierra Nevada, el Sistema central y la Cordillera Cantábrica. Se presenta el estado actual del conocimiento de dichos fenómenos que, en lo que se refiere a la cronología, difieren de los de aquel. Victoria Cabrera Valdés, Federico Bernaldo de Ouirós y Manuel Hoyos Gómez escriben sobre *Hugo Obermaier y la cueva del Castillo* (pp. 177-193, 2 figs.), excavación realizada por el ilustre investigador con un amplio equipo internacional y que fue una de las más notables aportaciones al conocimiento de la Prehistoria europea antes de 1914. Aunque sus resultados sólo parcialmente fueron publicados, quedaron bien reflejados en sus obras de síntesis. Hay que recordar que la primera firmante reanudó los trabajos en el yacimiento del Pas en 1980, pudiendo confirmar la estratigrafía y las atribuciones crono-culturales, que se han podido precisar con dataciones radiocarbónicas.

Otros estudios se refieren a diversos aspectos del Pleistoceno Superior. Lawrence Guy Straus, en *Hugo Obermaier and the Cantabrian Solutrean* (pp. 195-209, 1 fig. y 5 cuadros), recuerda las opiniones del cateórico madrileño sobre el Solutreño cantábrico, sus orígenes extra-ibéricos según él –y periodización tripartita–. Se tienen en cuenta las colecciones líticas de Castillo, Hornos de la Peña y Altamira, dando noticia de las existentes en museos de los EE.UU. (incluidas notas de una colección de Cueva Morín en el Peabody Museum, Harvard). Pilar Utrilla Miranda se ocupa de *La sistematización del Magdaleniense cantábrico: una revisión histórica de los datos* (pp. 211-247), señalando la situación actual a partir de una revisión bibliográfica de los trabajos de principios de siglo, principalmente de Breuil, el Conde de la Vega del Sella y Obermaier. Además, subraya las características de la interpretación vigente (cuadro). Le sigue el estudio de Joaquín González Echegaray y Leslie Gordon Freeman, *Obermaier y Altamira*. Las nuevas excavaciones (pp. 249-269, 5 figs.), en el que se recuerda su atención a los problemas de conservación y a la promoción de la cueva de Santillana, en particular sus excavaciones de 1924-1925, comparando sus resultados con los conseguidos en una nueva excavación realizada en los años 1980/81.

Acerca del arte, el primer trabajo es de Rodrigo de Balbín Behrmann y César González Sainz, *Las pinturas y grabados paleolíticos del corredor B.7 de la cueva de La Pasiiega (Cantabria)* (pp. 271-294, 10 figs. y 5 láms.), en el que se hacen minuciosas identificaciones y análisis iconográficos de las representaciones de un corredor secundario de dicha cueva, con signos y animales de color rojo y grabados zoomorfos. La técnica y estilo de estos últimos permiten una datación probable entre 15.000 y 14.000 BP. Las pinturas serían sincrónicas o ligeramente más antiguas. Uno de los problemas fundamentales del arte rupestre paleolítico es el de su datación. A un aspecto concreto, las fechas radiocarbónicas, se refieren Alfonso Moure Romanillo, César González Sainz, Federico Bernaldo de Quirós y Victoria Cabrera Valdés, *Dataciones absolutas de pigmentos en cuevas cantábricas: Altamira, El Castillo, Chimeneas y Las Monedas* (pp. 295-324, 12 figs. y 1 cuadro), que exponen los resultados y problemática de trece fechas obtenidas por el procedimiento de C14 por acelerador de partículas en muestras de pigmentos de pintura de dichas cuevas con arte paleolítico. Los análisis fueron realizados en el laboratorio de Gif-sur-Yvette (París). Casi todas las fechas obtenidas vienen a confirmar anteriores dataciones por medios técnico-estilísticos. De un tema concreto del arte paleolítico y su existencia en el postpaleolítico se ocupa Christian Züchner, *The scaliform sign of Altamira and the origin of maps in Prehistoric Europe* (pp. 325-343, 8 figs.), que interpreta varios signos paleolíticos como antecedente y origen de representaciones geográficas que perduraron hasta el Bronce Final. El autor destaca que en estas representaciones se unen hechos geográficos de la realidad con ideas sobre el mundo espiritual. Por su parte, Ignacio Barandiarán Maestu se ocupa de *El arte mueble del hombre fósil cantábrico* (pp. 345-369), situando a H. Obermaier en la investigación de su tiempo y subrayando su notable aportación al conocimiento del arte mueble cantábrico, así como sus ideas sobre el significado, los estilos y la cronología. El panorama de aquel tiempo en esta cuestión contrasta con el actual, muy denso gracias al incremento de los datos en el último cuarto de siglo.

Otro grupo de trabajos se refiere a tiempos postpaleolíticos. Así, Manuel R. González Morales explica en *Obermaier y el Asturiense: ocho décadas de investigación* (pp. 371-389) cómo nació la idea de la cultura mesolítica llamada «Asturiense». Su definición por el Conde de la Vega del Sella en 1916 fue inmediatamente incorporada por Obermaier a su obra fundamental (1916 y 1925). El autor revisa los criterios con que fue establecida, la rectificación de su cronología en los años 50 y 60, las aportaciones de los veinte años siguientes y las novedades recientes. Por su parte, Pablo Arias Cabral, en *Los concheros con cerámica de la costa*

cantábrica y la neolitización del norte de la Península Ibérica (pp. 391-415, 1 fig.), hace memoria de que ya en 1916 Obermaier apuntaba la importancia de los concheros con cerámica para entender el paso al Neolítico en dicha región. El autor realiza una revisión crítica de los yacimientos (mapa) que contienen datos al respecto. Concluye que la explotación intensiva del medio litoral se prolonga en el Cantábrico más allá del Mesolítico, en un contexto de sociedades indígenas «en vías de neolitización». Su desaparición se situaría en el IV milenio a.C. al desarrollarse los «sistemas económicos más centrados en la agricultura y la ganadería». En una cronología más avanzada, M. Concepción Blasco Bosqued y Javier Baena Preysler se ocupan de *El yacimiento de Las Carolinas y la cerámica simbólica campaniforme. Algunos datos para su interpretación* (pp. 417-446, 4 figs.), reinterpreta los materiales del yacimiento madrileño como enterramientos individuales en fosa. Hay que recordar que de uno de los ajuares formaba parte un conocido cuenco con decoración simbólica (ciervos y esteliformes). Se establecen los oportunos paralelos de dichos motivos con otras cerámicas y con las pinturas rupestres. Un tema de arte postpaleolítico es el que desarrollan Bernat Martí Oliver, Rafael Martínez Valle y Valentín Villaverde Bonilla que se ocupan de *Los pueblos capsieses y el arte rupestre de la España oriental en la obra de H. Obermaier* (pp. 447-465, 2 figs.), comentando las aportaciones de Obermaier al conocimiento del arte levantino y sus opiniones sobre su edad pleistocénica (en estrecha relación con H. Breuil). Como es sabido, tal atribución se basaba en la creencia que el territorio peninsular extra-cantábrico estuvo en el Paleolítico Superior poblado por gentes de la cultura Capsiese norteafricana. Por último, otro tema de arte postpaleolítico es el desarrollado por Rodrigo de Balbín Behrmann y Primitiva Bueno Ramírez, *Soto, un ejemplo de arte megalítico en el Suroeste de la Península* (pp. 467-505, 12 figs. y 8 cuadros) acerca de la decoración del gran dolmen de la provincia de Huelva que fue dado a conocer por Obermaier en 1924. Por su decoración fue considerado como una excepción sureña del arte megalítico común en el noroeste peninsular. Los autores efectúan una revisión de aquella importante decoración grabada, dando también noticia del descubrimiento de pinturas. El aparato iconográfico de este trabajo es importante.

Siempre hemos pensado que cuantos se ocupan de la Prehistoria hispánica estamos en deuda con la insigne personalidad del Prof. Hugo Obermaier. Sin duda su bibliografía y sus empresas investigadoras suscitarán nuevos estudios en el futuro. Pero, ahora, ya contamos con esta obra que es una feliz iniciativa del Prof. A. Moure Romanillo, convertida en una bella realidad. A él y a todos sus colaboradores hacemos llegar con estas páginas nuestra más cordial felicitación.

SERGIO RIPOLL LÓPEZ. Departamento de Prehistoria e Historia Antigua. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Avda. Senda del Rey s/n. 28071 Madrid (España).

S. CELESTINO PÉREZ y F. JIMÉNEZ ÁVILA: *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*. Serie Arqueológica. B. Gil Santacruz. Badajoz, 1993, 261 pp.; XXVII láms. ISBN: 84-87780-02-4.

S. CELESTINO PÉREZ (ed.): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V-VI-VII. Los Sectores Oeste, Sur y Este*. Museo Arqueológico Provincial. Badajoz. Publicaciones 3. Madrid, 1996, 368 pp., XVII láms. ISBN: 84-7671-350-9.

Desde su descubrimiento, el edificio de Cancho Roano ha causado tanto interés como sorpresa en el mundo académico, ya que la zona en la que se encuentra, en plena Extremadura, había sido poco valorada frente a otras del sur y oriente peninsular. La monumentalidad de la construcción arquitectónica, la riqueza de sus materiales y su situación geográfica constituyeron un reto para los investigadores, que intentaron arrojar algo de luz para comprender el sentido que pudo tener este lugar en su encuadre social, político, religioso, económico e histórico. El nombre de Juan Maluquer de Motes siempre irá unido al del yacimiento, ya que fué él quien comprendió su interés y la necesidad de una actuación rápida para salvar un conjunto cuya naturaleza era por entonces poco más que una intuición. Las excavaciones, iniciadas en 1978, han encontrado su continuador en S. Celestino y en toda una amplia lista de eficaces responsables y colaboradores, lo que ha permitido ir desgranando poco a poco las líneas maestras de un edificio, cuya planta es probablemente la más conocida de la Protohistoria española.

Precisamente uno de los primeros aspectos a resaltar en estos trabajos es la paciente continuidad del equipo científico, que desde las primeras etapas ha ido avanzando, despacio y prudentemente, hacia la presentación de

los datos que nos ofrecen en sus memorias. Y este aspecto resulta doblemente apreciable cuando, a lo largo de todo este tiempo, prácticamente nadie se ha resistido a expresar su interpretación particular del yacimiento, unas veces de forma acertada, y otras no cabe duda que apresurada o infundada. El propio desarrollo de los trabajos ha obligado a rectificar ciertas valoraciones arqueológicas iniciales propuestas por Maluquer, como la presencia de una supuesta necrópolis, la existencia de cámaras subterráneas, etc., pero ésto no hace sino mostrar la honestidad de los excavadores, para quienes la evidencia no está necesariamente al servicio de presupuestos asumidos *a priori*.

Los dos libros publicados suponen la presentación del conjunto de habitaciones que rodean el perímetro de esta magnífica construcción, dejándose para más adelante la edición de las excavaciones de la zona central. Existen, sin embargo, trabajos en los que se adelantan algunas de las novedades más importantes, estando la bibliografía específica recogida en ambos volúmenes, lo que se agradece teniendo en cuenta la dispersión de las revistas, congresos, etc., en donde puede recabarse información sobre Cancho Roano. La exposición es clara, intentando unificar el trabajo de los diversos equipos que se han ocupado de los distintos sectores del yacimiento, y sin cuya labor no podría haberse avanzado significativamente. Asimismo, la edición es cuidada, con un formato adecuado para la presentación de memorias de excavación, en donde se aprecia cómo el esfuerzo realizado ha permitido pasar de un único y admirable mecenazgo editorial a la colaboración de la Comunidad Autónoma y de un Proyecto Europeo, con la consiguiente mejora de calidad. Los dibujos son cuidados, y las reconstrucciones en color de las diversas zonas del edificio han supuesto sin duda un gran esfuerzo.

Aunque mucho menos virulenta, la discusión latente en el fondo de estos trabajos sigue girando en torno a la naturaleza de esta edificación, denominada por unos como palacio y por otros como santuario. En la propuesta de Almagro Gorbea (1989), los influjos de largo y diverso alcance provocados por la colonización fenicia, interaccionaron con la organización indígena, dando lugar a la fijación de una jerarquía imbuida de carácter divino denominada como «monarquía sacra». La consecución de este modelo no parece tener un espacio cronológico fijo en las diferentes zonas de la Península Ibérica, recurriéndose especialmente para su constatación a dos comprobantes arqueológicos: la torre funeraria de Pozo Moro y el palacio-santuario de Cancho Roano. En este caso, según Ruiz (1994), el personaje dirigente alcanzaría una máxima segregación respecto a su comunidad, alejándose su residencia del asentamiento popular. En el paso siguiente, la monarquía heroica, las élites dirigentes se imbrican orgánicamente en una sociedad piramidal más diversificada, asociándose a héroes más que a seres intrínsecamente divinos. Un amplio porcentaje de la población accede a parámetros sociales antes restringidos, desarrollándose así aspectos como la complejidad urbanística, los lugares de culto público o los cementerios extensos.

Si se acepta el concepto de monarquía sacra, la dicotomía entre palacio y santuario debería carecer de sentido, ya que el edificio asume las principales funciones rectoras: vivienda del jerarca, lugar de culto y centro económico-administrativo. Por ello, denominar como santuario al palacio y viceversa sería emplear términos redundantes. Sin embargo, los autores desean resaltar especialmente su uso como lugar sagrado, y en las dos monografías presentadas otorgan una gran importancia al factor religioso, considerando las habitaciones periféricas como depósitos de ofrendas, y valorando por tanto los objetos que incluyen desde una perspectiva más simbólica que funcional o económica.

Ciertamente, otorgar un papel concreto a estos cubículos, reconstruidos tras las diversas modificaciones del edificio, no es nada fácil. Las dependencias excavadas corresponden al último nivel de uso, Cancho Roano A, fechado a lo largo del siglo V a.C. por los diversos recipientes de cerámica ática, realizándose una serie de remodelaciones hasta la inutilización final de todo el conjunto mediante un incendio prolongado. La imagen que podemos obtener es, por tanto, la de la última etapa, si bien es probable que hubiera una cierta continuidad desde los primeros momentos constructivos.

Los sectores este y sur se conservan mal, y por tanto las investigaciones se han centrado preferentemente en las zonas norte y oeste, que presentan una configuración muy similar y repetitiva. El acceso a las habitaciones, siempre desde el pasillo perimetral, da paso a unas estancias estrechas en las que se acumulan materiales muy diversos, en los que nunca falta una generosa provisión de recipientes cerámicos para almacenaje y consumo, fíbulas, fusayolas, pesas de telar, útiles de hierro, conchas, tabas, piezas de hueso, ponderales de bronce y plomo, y ricos ajuares metálicos consistentes en braseros, jarros, asadores e incluso figuras zoomorfas. Su disposición en el interior es diversa, pero con algunas recurrencias, como la presencia de bancos, acumulación de recipientes de almacén en los laterales, etc. Junto a los accesos, zonas de piedras revestidas de arcilla endurecida, que bien pudieran ser indicio de puntos de luz.

Como los autores señalan, la acumulación de objetos es tal en algunos de estos lugares que resultaría imposible desarrollar una actividad en ellos. Su lectura pasa entonces por considerarlos como depósitos, ya

sean simples almacenes, u ofrendas presentadas al lugar sacro, que estaría situado en la habitación nº 7 del edificio principal, opción ésta que, como ya se ha señalado, es la defendida en estos libros. El carácter de las piezas hace comprensible que Maluquer considerara a ésta una zona de cementerio, ya que casi ninguno de estos objetos desentonaría como ajuar de una sepultura. Sin embargo, este autor ya pudo comprobar que no existían restos humanos, sugiriendo entonces que las cenizas habrían sido arrojadas al río Cagancha. Esta argumentación suponía mantener la propuesta y excusar la evidencia, amparándose en una tradición local que no parece poder mantenerse, teniendo en cuenta que uno de los yacimientos más importantes de la zona es precisamente la necrópolis de Medellín.

La presencia de algunos –muy escasos– elementos de armamento en el sector norte, y de telares en el oeste, han movido a proponer una vinculación con el universo masculino al primero y al femenino al segundo, pero lo cierto es que la variabilidad de los objetos incluidos es muy grande. Como se indica en el capítulo dedicado al sector oeste, lo más probable es que las habitaciones cumplieran un papel múltiple, tanto para guardar objetos dedicados al palacio, como de reserva o almacén. En todo caso, la distribución regularizada de equipos anfóricos, de recipientes de conserva, comida y bebida, hace pensar en una distribución individualizada de cada habitación, fuese cual fuese su causa o destino final.

Se discute también la naturaleza del poder acumulado por los residentes en el palacio. Desechados los recursos mineros, se propone la importancia del control de la tierra como un bien básico. Ciertamente, la existencia de un monumento único no quedaría explicada simplemente por el control de la tierra, que es un recurso muy extendido. Sin embargo, todos los indicios parecen apuntar a que Cancho Roano no estaba sólo en el paisaje extremeño, sino que en cada unidad territorial pudo existir un monumento de características similares, que hasta ahora habían pasado desapercibidos. Debemos resaltar, por tanto, el carácter pionero y singular de estos trabajos, que afortunadamente siguen en curso, y que sin duda no dejarán de aportarnos sorpresas en los próximos años.

ALMAGRO GORBEA, M. (1989): «Palacio y organización social en la Península Ibérica». *Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Salamanca: 21-48.

RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1994): «Una reflexió teòrica sobre l'urbanisma ibèric». *Cota Zero*, 10: 147-156.

TERESA CHAPA. Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

F.J. SÁNCHEZ-PALENCIA, M.D. FERNÁNDEZ-POSSE, J. FERNÁNDEZ MANZANO, A. OREJAS: *La Zona Arqueológica de Las Médulas*. León. *Guía Arqueológica*, Junta de Castilla y León y Fundación Banesto, 1996, 147 pp., 134 ilustraciones (71 fotos, 18 mapas, 24 planos, 7 fotointerpretaciones, 9 reconstrucciones, 3 diagramas, 2 escenificaciones)

La Junta de Castilla y León, a través de su Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural, ha apostado decididamente por la puesta en valor de yacimientos y zonas arqueológicas; para ello está potenciando la creación de Aulas didácticas y una política de Guías Arqueológicas que acerquen esta riqueza patrimonial al gran público. Esta iniciativa conecta así con el interés creciente de nuestra sociedad, que, a través del turismo y del concepto más amplio de ocio cultural, demanda espacios naturales y actividades relacionadas con ellos, reclamando una amplia gama de atracciones, entre las que ocupa un lugar destacado el Patrimonio Cultural.

Pero ésta no es una Guía informativa más sobre un yacimiento o unos restos arqueológicos, sino que los autores se han planteado mostrar al visitante un Paisaje Cultural, diseñado por el comportamiento y estructuras sociales de las comunidades del pasado, que ocuparon la Zona Arqueológica de Las Médulas, y sus procesos de cambio, que han dejado sus huellas en la articulación del espacio.

Esta Guía ha sido posible por el trabajo de un equipo y una línea de investigación sobre Estructura Social y Territorio, articulados en el Departamento de Historia Antigua y Arqueología del C.S.I.C., que recoge el peso que a partir de la década de los ochenta adquiere en la investigación arqueológica el estudio de la Arqueología del Paisaje, entendiendo que éste deja de ser natural en cuanto el hombre hace cualquier intervención en él, aunque sea exclusivamente mental (Orejás, 1995-1996: 63; Criado, 1993: 11; López y Pereira,

T. P., 54, n.º 2, 1997

1995-96: 39-40). En este planteamiento se engloban los estudios genéricamente denominados territoriales, que han alcanzado una amplia proliferación en sintonía con la preocupación creciente en la sociedad sobre el medio ambiente (Orejas, 1995-96: 62 y 1995: 215).

El proyecto de Las Médulas aborda ahora lo que debe estar en el objetivo de toda investigación, que es proporcionar a la sociedad en general una mayor comprensión del pasado humano, que conlleva en este caso la puesta en valor de esta Zona Arqueológica desde la perspectiva de la Arqueología del Paisaje Cultural, en la que la Historia y el espacio en el que se desarrolla la acción humana se convierten en co-protagonistas, asumiendo que lo relacionado con el hombre, la sociedad y el espacio en el que éste se desenvuelve es algo cultural (Criado, 1993: 262; Orejas, 1995-96: 63).

En realidad no estamos ante una guía en sentido estricto, tanto por su organización como por el tratamiento de los temas y la manera de abordar su estudio; más que de una guía turística se trata de los resultados del proyecto de investigación. Pero este libro es un buen ejemplo de cómo la información arqueológica, por muy variopinta que pueda ser, bien organizada y acompañada de un material gráfico adecuado y elaborado, puede hacerse atractiva para el gran público y además servir de guía.

La Guía incluye mapas de información general con la localización de los lugares a visitar e itinerarios precisos, indicando la posibilidad de realizar los recorridos en todo terreno, bicicleta de montaña o a pie, así como distancias, tiempo, puntos de información; a su vez delante de cada capítulo se contemplan mapas específicos. Se inicia el recorrido por los castros prerromanos (El Castrelín de San Juan de Paluezas) y las características de su territorio (cap. II); para abordar a continuación (cap. III) el proceso de la conquista romana y el comportamiento del poblamiento castreño (Castro de Borrenes); la tecnología minera romana y la mina de oro de Las Médulas (cap. IV), a la que se aplica una verdadera radiografía desde la geología, sistemas de explotación, la infraestructura hidráulica y los canales de lavado y evacuación de los estériles; la ocupación y explotación del territorio con la pervivencia de los castros y el nuevo modelo de ocupación romana del territorio y la nueva administración y abandono posterior (cap. V). Completa esta visión diacrónica el último capítulo con la perspectiva sumamente necesaria de conectar el pasado con el presente a través de la época medieval.

Está dotada esta Guía de un material gráfico excelente, que a veces no se puede aprovechar adecuadamente por estar excesivamente reducido para ajustarlo al formato (24 x 12,5 cm). Destacan el apoyo excepcional que para la comprensión del paisaje proporcionan las fotografías acompañadas de buenísimas y claras fotointerpretaciones, sobre todo en el capítulo central, dedicado a la tecnología minera romana y a las explotaciones auríferas. También son sumamente didácticas las reconstrucciones de las estructuras constructivas y las escenificaciones de los textos epigráficos. Las manchas de color, utilizadas para destacar diferentes informaciones de carácter general, ayudan a descargar de densidad la lectura; asimismo, la comprensión de los términos técnicos utilizados a lo largo del texto queda asegurada por el glosario incluido al final, delante de la bibliografía.

Por otro lado, la divulgación de esta zona arqueológica pone de relieve cómo en la elección de un lugar de interés cultural para su acondicionamiento y puesta en valor no se debe contemplar únicamente el criterio de monumentalidad, fácil exponente por sus características y valor artístico de atracción turística –la exigencia de monumentalidad de los sitios a visitar es consecuencia de la Arqueología clásica del siglo XIX y principios del siglo XX (Emery, 1987: 55)–, ya que de otra manera estaríamos condicionando el conocimiento de amplias partes del Patrimonio Cultural y de la Historia (aspectos de la vida cotidiana y rural) al gran público (Reynaud, 1990: 50). En este sentido, la Arqueología del Paisaje amplía la perspectiva del Patrimonio Histórico y Arqueológico, superando la contemplación de yacimientos y monumentos aislados para incardinarlos en un marco más amplio como es su matriz ambiental y espacial (Criado, 1993: 262).

Además, este planteamiento conecta con la sensibilidad de la sociedad actual, que frente al desprecio ha pasado al respeto, valoración y recuperación de lo antiguo, en sintonía con la sensibilidad ecológica y verde. En este sentido el vestigio arqueológico y los restos antiguos sirven para interpretar el pasado, para mostrar al público otros tiempos y espacios, y de esta manera despertar la actitud crítica en relación con nuestro momento y cultura (González Méndez, 1996: 25).

Este interés creciente por el Patrimonio Histórico y Arqueológico puede y debe ser encauzado hacia la rentabilidad del sitio –revertirá en su mantenimiento, mejora y desarrollo de proyectos de investigación–, compitiendo con otros múltiples atractivos de la oferta turística. Pero si queremos que nuestro rico Patrimonio Cultural pueda ser valorado adecuadamente y ofrezca una rentabilidad económica y/o social, es necesario elaborar el producto e invertir en su acondicionamiento para hacer una oferta buena, que pueda ser luego demandada. Cada vez es más necesario en esta elección valorar aspectos integradores (Grefe, 1990), como facilidades de acceso y visita, o la relación del sitio elegido con la potenciación integral de una zona o región, en el desarrollo de una política de turismo cultural.

- CRIADO, F. (1993): «Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje». SPAL, 2: 9-55.
- (1996): «La Arqueología del Paisaje como programa de gestión integral del Patrimonio Arqueológico». *Boletín Informativo del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 14: 15-19.
- CRIADO, F. y GONZÁLEZ, M. (1993): «La socialización del Patrimonio Arqueológico desde la perspectiva de la Arqueología del Paisaje». *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*: 51-57.
- EMERY, A. (1987): «The presentation of Monuments to the Public». *Resource Archaeology-What's Next*, York: 53-58.
- GONZÁLEZ MÉNDEZ, M. (1996): «El ocio y el reciclado: la conversión del vestigio arqueológico en producto de consumo». *Boletín Informativo del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 14: 24-27.
- GREFFE, X. (1990): *La valeur économique du Patrimoine. La demande et l'offre de monuments*. Ed. Anthropos. Paris.
- OREJAS, A. (1995): «Arqueología del Paisaje: de la reflexión a la planificación». *Archivo Español de Arqueología*, 68: 215-224.
- (1995-1996): «Territorio, Análisis Territorial y Arqueología del Paisaje». *Studia Historica, Historia Antigua*, 13-14: 61-68.
- REYNAUD, J.F. (1990): «Mise en valeur des sites archéologiques». *Les Nouvelles de l'Archéologie*, 41: 47-52.

ALFREDO JIMENO MARTÍNEZ. Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

COLOQUIO *EL GRAVETIENSE ORIENTAL* (Moscú-Zaraisk, 1-9 Septiembre de 1997). Organizado por la VIII Comisión de la UISPP, «El Paleolítico Superior en Europa».

Magníficamente acogidos por nuestros colegas rusos, la reunión de Zaraisk fue, para nosotros investigadores occidentales, un verdadero descubrimiento en cuanto a las actividades desarrolladas recientemente en Europa Oriental, en lo que concierne al Paleolítico Superior. En este sentido, varias síntesis de gran nivel presentaron datos referentes a los habitats (V. Sergin), a las dataciones (A. Sinitsin) y a los hábitos alimenticios (A. Tchoubour) en las estaciones de la gran llanura rusa.

En la misma línea, las últimas excavaciones llevadas a cabo en la localidad de Zaraisk (aproximadamente a 200 km. al sur de Moscú) han permitido el descubrimiento de vestigios de habitats, atribuidos al Gravetiense en su fase reciente (tipo Konstienki - Avdeevo). Un equipo completo bajo la dirección de H. Amirkhanov fue, en su día, organizado para el estudio del yacimiento y, entre otros aspectos de su investigación, hay que citar la tipología (A.V. Troussov), la tecnología (E. Giria), el hábitat (A. Selesnev) y el estudio medioambiental (E.I. Kurenkova, Y. Gribchenko, E.Y. Novenko). La ocupación fue situada al comienzo del segundo pleniglaciario, hacia el año 21.000 B.P. Para los participantes a la reunión, una visita al yacimiento fue la ocasión de descubrir el interés científico de la estación, e igualmente apreciar el calor prodigado por los habitantes de esta localidad y del campo de alojamiento colindante. Así, una parte del alma rusa se vio revelada a través de canciones y danzas, y todo ello salpicado por la gentileza espontánea de la población local.

En cuanto a las contribuciones exteriores, no olvidaremos señalar los interesantísimos trabajos de síntesis sobre la república de Moldavia (I. Borziak), sobre la Rumanía oriental (V. Chirica), la región de los Cárpatos (J. Kozłowski), Hungría (V. Dobosi) y Ucrania (L. Koulavskaia). Diversas participaciones occidentales (C. Cacho, G. Onoratini y D. Sacchi) y otras sobre el Próximo Oriente (A. Belfer-Cohen, N. Goring-Morris) enriquecieron el encuentro.

De vuelta a Moscú, los participantes pudieron seguir la exposición de M. Gzodover sobre el estudio e interpretación de las obras de arte y los utensilios en marfil de la estación de Avdeevo. La secuencia estratigráfica y las estructuras de hábitat del yacimiento fueron presentadas por C. Grigoriev. Los congresistas pudieron examinar y debatir sobre la rica y abundante industria lítica del yacimiento en cuestión. Así, constatamos los rasgos propios de la fase gravetiense reciente (piezas de dorso rebajado, puntas de muesca y cuchillos de Kostienki) mezclados con tradiciones más antiguas (puntas foliáceas), mostrando indicios de contaminación.

Posteriormente, tuvimos la ocasión de examinar el extraordinario conjunto de Khotylevo (excavado por A. Velichko, K. Gavrilov y K. Vostremskaia), excavación metódica y rigurosa que ha permitido relacionar

T. P., 54, n.º 2, 1997

los procesos deposicionales y las formación de hábitats. El excelente estado de conservación favorece el estudio de esta industria, característica de la fase antigua (hace 24.500 años B.P.).

De esta manera pudimos apreciar la riqueza y diversidad de las tradiciones gravetienses instaladas en la gran llanura rusa, así como la complejidad de su evolución y la importante renovación metodológica que nuestros colegas rusos aplican a sus estudios. En particular, valga como ejemplo el sitio de Kostienki I, recientemente excavado por N. Praslov, que fue objeto de una nueva interpretación, particularmente referida a la coloración de las estatuillas antropomorfas.

Toda la organización fue dirigida de manera excepcional en el plano científico por la maestría de H. Amirkhanov, y desde el punto de vista administrativo y técnico gracias a Maria V. Alexandrova. Olga Soffer, resignada a su tarea de intermediaria, fue siempre nuestro apoyo y su continua ayuda fue de gran valor.

MARCEL OTTE. Service de Préhistoire. Université de Liège. 7 Place du 20 Août. B-4000 Liège.

EXPOSICIÓN *LES IBÈRES* (15-Octubre 1997 al 5 de Enero 1998), Galeries Nationales du Grand Palais. Avenue du Général Eisenhower, Square Jean Perrin, 75008 Paris.

Realizar una exposición sobre los iberos en París era una idea excelente. Los arqueólogos conocen los significativos resultados adquiridos en España sobre el período ibérico, y saben que el gran público francés ignora casi todo acerca de esta formación social. El reto era, por tanto, mostrar cómo la arqueología había conseguido reconstruir esta sociedad, que ya era suficientemente compleja a mediados del primer milenio a.C. como para producir obras artísticas monumentales con objetivos específicos. Se trataba de dar a conocer y a comprender cómo, en algunos siglos de una historia nada lineal, la cultura ibérica había pasado de un modo de organización en jefaturas simples al estado, integrándose de forma activa en el concierto de las civilizaciones mediterráneas más desarrolladas.

En este contexto, las fascinantes estatuas fragmentadas del Cerrillo Blanco de Porcuna podrían haber sido tratadas como un hecho social total, expresión e indicio de un cierto nivel de organización social, con todos sus componentes: ideológicos, políticos y económicos. Presentar esto en el Grand Palais bajo la dirección de la Asociación Francesa de Acción Artística y del Ministerio de Asuntos Exteriores parecía garantizar además unos medios museográficos a la altura del acontecimiento. Decepción. Todo está allí: objetos de un gran valor, los principales conocimientos extraídos de las fuentes históricas y arqueológicas, un gran espacio de presentación... pero falta el mensaje.

El plano es cronológico y temático, lo que en sí es contradictorio. Después de un gran mapa con los pueblos y los principales yacimientos implicados, los bronceos figurativos de Los Higueros y las cerámicas con decoración orientalizante de Carmona se encargan de ilustrar la adopción, en el Sur de España, de las técnicas y los motivos orientales. El visitante medio no será consciente de ello más que si se ha provisto previamente de la pequeña revista de la exposición, del voluminoso catálogo (a menudo los comprará después), o si forma parte de un grupo que ha reservado por escrito una visita-conferencia. La comparación ofrecida con algunas piezas próximo-orientales habría podido sugerir el fenómeno orientalizante con otra eficacia.

A lo largo de una línea paralela a estas vitrinas se levantan cada cinco metros los fragmentos de Porcuna que subrayarían la fuerte jerarquización social alcanzada por la sociedad ibérica en el siglo V a.C. Aquí también, como durante toda la visita, la significación resulta opaca, sin texto, sin discurso y sin ambientación. Los objetos se presentan como obras de arte indiferentes al contexto de su producción y se supone que deben provocar una emoción estética espontánea. Lo mismo sucede en el caso del monumento funerario en forma de pilar sustentando un toro de Monforte del Cid, del caballo de Casas de Juan Núñez o del lobo de El Pajarillo.

Un texto corto anuncia inmediatamente una evocación de la vida cotidiana. Las vitrinas presentan aquí cerámicas decoradas con escenas campestres, útiles agrícolas, estatuas otra vez, el cipo funerario de Jumilla y los útiles de orfebre de la tumba de Cabezo Lucero. Todas estas piezas desconectadas fracasan en su deseo de mostrar las manifestaciones de una economía de subsistencia y de un artesanado preparados para sustentar a unas formaciones políticas tan centralizadas y jerarquizadas como las ibéricas. Los intercambios están mejor tratados, con ayuda de piezas importadas desde talleres griegos, plomos grabados, ánforas y monedas. Sin embargo, nada permite comprender las modalidades de estos intercambios entre protagonistas desiguales, la manipu-

lación por las elites indígenas de los contactos –con los fenicios en un primer momento, o con los griegos después–, ni la reinterpretación de los elementos culturales importados en una síntesis muy original.

Se pasa al tema de las necrópolis con una yuxtaposición de bellas piezas o de ricos ajuares funerarios, sin que nada deje trasparentar las informaciones proporcionadas por el estudio sociológico de estos cementerios; en particular de lo que ellos revelan sobre la historia escondida de la complejidad social en esta zona. Los ajuares funerarios de Ensérune señalan, con el apoyo de un mapa, pero muy directamente, que la civilización ibérica se extiende también por el Rosellón y por una parte del Languedoc francés. El armamento latenense presente en Ensérune habría podido ser, además, un buen pretexto para, al menos, plantear el problema de la articulación entre el mundo ibérico y las sociedades más guerreras del interior, cuestión esencial tanto en Francia como en España, pero que tampoco se ha abordado. Seguidamente se llega a los objetos relacionados con el culto: los soberbios exvotos en bronce de Despeñaperros o las figurillas de La Serreta, que además de su calidad artística no parecen ilustrar más que la presencia de un sentido de lo sagrado entre los iberos, como si una sensación semejante no fuera universal, y su interés no alcanzara más allá.

La impresión general es la de una evolución cronológica desprovista de los cambios y de las bifurcaciones que dan ritmo a cualquier historia; la impresión de unos orígenes bastante repentinos, a partir de un pasado oscuro, y de un *continuum* (en contradicción con la ruptura, citada pero no mostrada, en los modos de expresión funeraria) interrumpido solamente por la romanización. En paralelo, la yuxtaposición de temas de niveles muy diferentes produce en consecuencia separaciones artificiales y redundancias, y consiguen enredar la imagen que el espectador intenta memorizar. Este escenario sin relieve y esta museografía sin imaginación denotan un persistente servilismo ante el objeto; un anticuarismo que da algunas parsimoniosas bazas a los resultados de la arqueología. Cuando sale, el arqueólogo duda entre la irritación y la tristeza. Espera que las próximas presentaciones sepan dar una visión menos anticuada.

PATRICE BRUN. Centre National de la Recherche Scientifique y Universidad de París I. 3 Rue Michelet.
F 75006 París.

LA CIUDADELA IBÉRICA DE CALAFELL (TARRAGONA): UN VIAJE AL PASADO

A las puertas del siglo XXI constatamos, desde la Arqueología, una serie de hechos importantes. Por un lado el impresionante crecimiento del «turismo cultural» –dentro del cual la Arqueología constituye uno de sus puntos fuertes–, por otro una apuesta firme por la conservación y presentación del Patrimonio Arqueológico, y por último una necesidad de reorientar las salidas profesionales de los arqueólogos ante el bloqueo producido en el mundo académico o investigador. La nueva demanda turística, la inclinación de las administraciones por el patrimonio y la búsqueda de nuevos trabajos para los arqueólogos están produciendo una serie de experiencias imaginativas, arriesgadas y atrevidas para presentar al público monumentos y sitios arqueológicos (Jameson, 1997). Y aunque esta faceta de la gestión de la arqueología no es asumida por algunos arqueólogos como parte integrante de la disciplina, no cabe duda alguna que constituye ya un aspecto clave de la arqueología contemporánea, y su crecimiento será imparable a corto plazo (Reynaud, 1990; González Méndez, 1996). En todo caso en nuestro país estamos empezando a ocuparnos del tema (VV.AA., 1996) y ello es una prueba más del divorcio que ha existido entre investigación y divulgación arqueológica (Sanmartí y Santacana, 1989).

Pero es que además los arqueólogos deberíamos apoyar fuertemente la interpretación del pasado para el público por una serie de razones contundentes (Davis, 1997: 85). Primero, porque el dinero de la arqueología viene mayoritariamente de fondos públicos, y si queremos contar con ellos es importante que el público la entienda y considere útil; si la gente no considera significativo el pasado, la preservación de la parte visible de ese pasado no será considerada necesaria y las subvenciones públicas se dirigirán a otros ámbitos. El público sólo apoya lo que entiende y lo que dice algo en sus vidas. Segundo, somos socialmente responsables no sólo de preservar el pasado sino también de hacerlo accesible –física e intelectualmente– al público. La arqueología despierta un gran interés popular pero la gente no tiene por lo general muchos conocimientos. Así que todas las vías para difundir el patrimonio arqueológico son bienvenidas; y una de las más eficaces es la presentación de yacimientos y monumentos por la inmediatez del mensaje y su dimensión emotiva y afectiva. Se ha llegado a decir que cuando «vendemos» arqueología como patrimonio vendemos nostalgia a un

T. P., 54, n.º 2, 1997

nivel muy básico (Bower, 1995: 38). Tercero, y por último, la apertura de la investigación arqueológica al público añade múltiples voces a la propia interpretación arqueológica; es decir los arqueólogos también tenemos que aprender del público, ya que éste puede realizar una evaluación crítica de las interpretaciones que se le ofrecen. Aunque, lógicamente, para ello tenemos que proporcionarle las oportunidades para participar y las claves y habilidades necesarias para ese proceso de evaluación.

El sitio objeto de este comentario, el poblado ibérico de Calafell (Tarragona), constituye una experiencia única y muy especial de presentación de un yacimiento al público (Pou, 1994; Pou y Santacana, 1996). Los trabajos arqueológicos se iniciaron en 1982 y al cabo de más de 10 años de excavaciones y estudios se planteó –ante la dificultad de salvar el yacimiento en una zona turística con fuerte especulación del suelo– la opción de rehacer por completo murallas, casas y calles. Es decir, presentar sobre los propios cimientos ibéricos el aspecto completo del poblado, con la reconstrucción volumétrica de las estructuras, en las que se utilizaron técnicas de arqueología experimental. Así, desde 1995 en que se abrió, los visitantes ven un poblado «real» ibérico e incluso el interior de las casas con sus equipos domésticos, cerámicas, molinos, telares... animados por algunos maniqués no especialmente afortunados. Una de las claves es ver, visualizar las hipótesis de los arqueólogos sobre el asentamiento.

El poblado se fundó en un momento impreciso del siglo VI a.C.; a fines de la siguiente centuria sufrió una profunda remodelación con un trazado más regular de las calles, y fue destruido a principios del siglo II a.C. por los romanos. El recinto tiene unos 3000 m², una superficie asequible para la experiencia reconstructiva y para tener una buena visión de conjunto del asentamiento. Dentro de las murallas se encuentran la casa del aristócrata, otras casas con recintos anexos destinados a cultos domésticos, hornos de panificar, talleres metalúrgicos y torres-almacén. Los patios tienen desagües y están parcialmente pavimentados. Las casas tienen dos, tres y hasta cinco estancias. Se emplearon zócalos de piedra, recrecidos con muros de tapial y adobes. Los techos de cañas se cubrieron con arcilla mezclada con paja. La impresión al deambular por el poblado es que uno se está moviendo por un poblado real del pasado. Aunque, seguramente por necesidades de protección y mantenimiento de las estructuras, se ve demasiada construcción en piedra.

Un acierto del proyecto de presentación del sitio es la posibilidad de visita auto-guiada con la ayuda de un pequeño transmisor que se cuelga del cuello. El itinerario del sitio está marcado con puntos clave a los que uno puede acomodar la información hablada. De esta manera la visita resulta muy cómoda, realmente lo único que hay que hacer es mirar y escuchar. La estructura abierta del sitio y la autonomía que permiten los folletos explicativos y los transmisores invitan además a una visita personalizada, de alguna manera supone un rechazo del «turismo borreguil» tan frecuente en otros sitios. La información grabada es clara y asegura un buen nivel de conocimientos que quedarían fuera del alcance de la gran mayoría de visitantes. Una visita tranquila supone poco más de 30 minutos. La fórmula de «ver y escuchar» es realmente eficaz, sobre todo con los niños. Mis hijos, que huyen de todo lo que huele a «antiguo» como de la peste, al terminar el recorrido sin rechistar, preguntando y mirando con interés, exclamaron ¡Ah, pero ya se ha terminado! y eso que venían de otra atracción más sugerente: el parque temático de Port Aventura.

Calafell reúne dos atractivos básicos: por un lado el visitante está en el mismo lugar que fue ocupado por íberos hace 2.500 años, es decir tiene el «morbo» de lo auténticamente antiguo; y por otro lado tiene, al mismo tiempo, todas las características de un «parque-sin-arqueología», los parques de recreaciones del tipo del famoso Arqueódrome y muchos otros que están proliferando por Europa y América (Barrois *et alii*, 1992; Santacana, 1995). En este sentido la experiencia de Calafell es la primera en España (Santacana, 1995).

Así pues, la ciudadela de Calafell «engancha» al visitante mínimamente sensible. La pregunta siguiente es ¿Cuál es el precio? Y el precio, de alguna manera, es que no se muestra al espectador el **proceso de excavación** y el **proceso de restitución**, y eso puede llevar a equívocos. Se debería haber dejado una superficie simulando la propia tarea de excavación, otra en la que vieran los restos al término de la excavación, y una tercera presentando cómo se han realizado los trabajos de reconstrucción arquitectónica. Al no mostrar esos procesos el riesgo del «síndrome arqueológico de Disneylandia» es elevado. Se corre el peligro de quedarnos en el efecto de «cartón-piedra»: se observa el «exterior», el decorado, pero se desconoce el «interior», los propios restos arqueológicos. A pesar de esta reserva personal acepto plenamente que se ha transformado el yacimiento en una herramienta pedagógica, y que constituye un buen camino para acercarse al pasado. Aunque esto no quiere decir que sea un ejemplo a imitar. En las circunstancias concretas del caso creo que la solución es muy válida, original y atrevida, pero no puede tomarse como un modelo exportable.

El equipo de arqueólogos de la Ciudadela de Calafell es muy consciente de que una experiencia de estas características no puede concebirse como algo acabado, cerrado. Sobre el sitio es preciso pensar, imaginar y proponer al público nuevas propuestas y actividades. Pensando en los escolares, y tratando de restituir ese «pasado excluido» de los *currícula* de enseñanza primaria y secundaria (Ruiz Zapatero, 1995), se han publi-

cado dieciseis cuadernos para la E.S.O. En ellos tomando Calafell como punto de partida se abordan temas muy variados que van desde el armamento y la guerra, hasta la demografía, la vestimenta o la alimentación, pasando por las casas, las prácticas funerarias y la religión. Otros temas como el uso y cálculo de escalas, la orientación, o la elaboración y empleo de símbolos están en preparación. Para alumnos de bachillerato se ha iniciado otra serie más extensa y compleja. En fin, a partir del otoño de 1997 se van a iniciar unos talleres didácticos, dirigidos tanto a escolares como adultos, sobre excavación arqueológica y sobre hilado, tejido e indumentaria, con la idea de ir ampliando esta oferta.

La difusión de la arqueología a través de la presentación de sitios es una herramienta básica de cara al futuro. Las administraciones necesitan ponerse al día y encarar este camino, aunque me consta que algunas Comunidades Autónomas ya están propiciando entre sus arqueólogos el conocimiento de experiencias de este tipo. Otra reflexión importante es que la presentación de yacimientos exige tanto arqueólogos como técnicos y expertos en comunicación y marketing (Potter, 1997). Y hay que estar preparados para nuevas situaciones, por ejemplo en EE.UU. la obsesión por «lo políticamente correcto» lleva a permitir actividades o rituales de la New Age en yacimientos con el consiguiente problema de qué hacer ante las alteraciones en el sitio o las ofrendas modernas que se hacen en yacimientos como Chaco Canyon (Finn, 1997). Al final el dilema siempre será hacer algo riguroso y serio o hacer una «Disneylandia arqueológica», pero es preciso afrontarlo, no simplemente rechazarlo por el riesgo de la segunda opción. Si se me da a elegir, elijo primero: atracción – salvando los «mínimos innegociables» de contenido histórico– y segundo: educación, formación y sensibilización cultural. En el camino a la inversa algunos no llegarían hasta el final, y en la dirección única de educación muchos prefieren no entrar. Todos deberíamos tomar conciencia de que la presentación del pasado al público es una gran responsabilidad, especialmente, cómo bien ha señalado Paul Bahn (1996: 82), porque no puede hacerse de una forma objetiva.

- BAHN, P. (1996): *Archaeology. A Very Short Introduction*. Oxford University Press. Oxford.
- BARROIS, N.; DEMAREZ, L. y HENTON, A. (1993): «Les sites de reconstitutions». *Archéologia*, 293: 30-39.
- BOWER, M. (1995): «Marketing nostalgia. An exploration of heritage management and its relation to the human consciousness». En M.A. Cooper, A. Firth, J. Carman y D. Wheatly (eds.): *Managing Archaeology*. Routledge. Londres-Nueva York: 33-39.
- DAVIS, K.L. (1997): «Sites Without Sights: Interpreting Closed Excavations». En Jr J.H. Jameson: *Presenting Archaeology to the Public. Digging for truths*. Altamira Press, Walnut Creek: 84- 98.
- FINN, Ch. (1997): «Leaving more than footprints»: modern votive offerings at Chaco Canyon prehistoric site». *Antiquity*, 71: 69-178.
- GONZÁLEZ MÉNDEZ, M. (1996): «Viajes a vestigios, incitación del consumo a la arqueología». En VV.AA. *Difusión del Patrimonio Histórico*. Junta de Andalucía, Sevilla: 44-59.
- JAMESON, Jr. J.H. (ed.) (1997): *Presenting Archaeology to the Public. Digging fot truths*. Altamira Press. Walnut Creek.
- POTTER, Jr. P.B. (1997): «The Archaeological Site as an Interpretive Environment». En Jr J.H. Jameson (ed.): *Presenting Archaeology to the Public. Digging for truths*. Altamira Press. Walnut Creek: 35-44.
- POU VALLES, J. (1994): «Benvinguts al País dels Ibers!». *L'Avenc*, 182: 54-57.
- POU VALLES, J. y SANTACANA MESTRE, J. (1996): «La ciutadella ibèrica de Calafell». *Miramar. Revista d'ensenyament de l'Alt Camp*, 18: 33-35.
- REYNAUD, J.-F. (1990): «Mise en valeur des sites archéologiques». *Les nouvelles de l'archéologie*, 41: 47-52.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1995): «El pasado excluido. La enseñanza de la Historia antes de la aparición de la escritura». *Iber*, 6: 19-29.
- SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1989): «Investigació arqueològica i difusió de l'arqueologia: un divorci?». *L'Avenc*, 124: 22-25.
- SANTACANA, J. (1995): «Los parques arqueológicos en Europa. Noticia de unos espacios didácticos desconocidos hasta ahora en España». *Iber*, 3: 100-112.
- VV.AA. (1996): *Difusión del Patrimonio Histórico*. Junta de Andalucía, Sevilla.

GONZALO RUIZ ZAPATERO. Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. 28040 Madrid.